

1ª SESIÓN: NACIMIENTO E INFANCIA DE JESÚS (MT 1-2)

DIOS SE ENCARNA EN LA HISTORIA. BÚSQUEDA Y RECHAZO



INTRODUCCIÓN

Estimados amigos de la Biblia.

Iniciamos el quinto curso de los Grupos Bíblicos de la Parroquia Inmaculada Concepción, que estará dedicado íntegramente a Jesús.

Los que habéis llegado hasta aquí habéis pasado por un largo proceso de cuatro cursos que describimos brevemente:

- *EN LOS DOS PRIMEROS, trabajamos textos bíblicos cortos, algunos del Antiguo y otros del Nuevo Testamento. Se trataba de ir tomando contacto con la Biblia para suscitar interés por ella y el deseo de “más”, a modo de aperitivo antes del*

banquete. Para muchos, este primer contacto supuso una significativa novedad, un descubrimiento que les abrió nuevos horizontes y les provocó interés por dar nuevos pasos.

- *EN EL TERCER y CUARTO estudiamos Gen. 1-3 y personajes del Antiguo Testamento: los patriarcas, algunos profetas y varias mujeres: Rut, Judit y Ester.*

Con cierta frecuencia surgía la pregunta: ¿Por qué estudiamos el Antiguo Testamento en vez del Nuevo? ¿No es Jesús el personaje más importante de la Biblia? Y la respuesta era siempre la misma: “Tened paciencia. En el plan de Dios, el Antiguo Testamento preparaba el momento culminante de la historia: la encarnación de Jesús en el mundo, por eso estudiar el Antiguo Testamento nos prepara para entender el Nuevo en la misma perspectiva de Dios:

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva (Gal. 4,4-5).

Concluido este largo y provechoso camino, ha llegado, por fin, el momento de centrar nuestra atención en la persona de Jesús, punto culminante de la revelación de Dios a los hombres, cosa que haremos con la ayuda Evangelio de Mateo, tema único del curso.

Los que habéis participado de los grupos ya tenéis conciencia de la importancia de estudiar la Biblia, por lo que no necesito motivaros, pero sí deseo insistir en la CENTRALIDAD DE JESÚS PARA NUESTRA VIDA CRISTIANA, de ahí la importancia de ser fieles al compromiso de estar presentes en las reuniones y de dedicarle el tiempo necesario.

Esta primera sesión está dedicada en la infancia de Jesús: genealogía (Mt 1,1-17); José (Mt 1,18-25); adoración de los magos (Mt 2,1-12); huida a Egipto, matanza de los inocentes y retorno a Nazaret (Mt 2,13-23). En nota al pie de página tenéis las referencias bibliográficas de donde proceden los textos y que podéis consultar.

Ponemos esta y las próximas sesiones en manos del Padre al que le pedimos que, junto con su Hijo, envíe al Espíritu Santo para que abra nuestras mentes y corazones a la Palabra.

¡Feliz curso a todos!

GENEALOGÍA (MT 1, 1-17)¹

¿Cómo presentar a Jesús hoy en día, nos preguntamos a veces? Mateo también se lo preguntó al iniciar su evangelio. Tenía claro que tenía que presentarlo como lo que era: COMO DIOS y EL MESÍAS ESPERADO POR ISRAEL, pero también MOSTRANDO SU CONDICIÓN HUMANA y SU PERTENENCIA AL PUEBLO.

Para ello tenía que insertarlo en la descendencia de ABRAHÁN, nuestro padre en la fe, en quien comenzó la historia de la salvación, pero también en la de DAVID, para hacer ver que descendía de él.

A partir de estos dos personajes bíblicos, Mateo elaboró una GENEALOGÍA SIMBÓLICA que, partiendo de Abrahán, pasara por David y llegara hasta Jesús. En ella incluyó algunos personajes extranjeros, concretamente cuatro mujeres no judías, para mostrar que Dios también actúa a través de personajes de otros pueblos y de las llamadas “categorías débiles”.

Ya en Jesús, Israel se abriría al mundo entero alcanzando a todos, judíos y paganos. Esta universalidad había quedado muy clara para sus discípulos después de su resurrección y de Pentecostés y había que ponerla de manifiesto.

La genealogía construida por Mateo se desarrolla en tres tramos agrupados de 14 en 14. ¿Por qué? Porque el número 14 es dos veces 7, símbolo de perfección, de modo que el número 14, multiplicado por 3, indicaba la suma perfección, es decir, que EN JESÚS HABÍA LLEGADO LA PLENITUD DE LOS TIEMPOS y EL CUMPLIMIENTO DE LA PROMESA HECHA POR DIOS A ABRAHÁN (GEN 17,5) y A DAVID (2 SAM 7,16); Colocando a Jesús al final del árbol genealógico Mateo afirma que en él converge y alcanza su cumplimiento la historia de Israel iniciada con Abrahán.

La genealogía concluye con una mujer, María, que más que un punto de llegada, es un nuevo comienzo. Lo es porque su hijo Jesús no proviene de ningún hombre, sino que ES UNA NUEVA

¹ Extraído, con algunas variantes y añadidos, de TERESA IRIBARNEGARAY, *En el centro Jesús. Lectura existencial del Evangelio de Mateo* (Col. “Pastoral” 107) Santander, Sal Terrae, 2019, p. 31-33, donde se encuentra el texto completo.

CREACIÓN DE DIOS, concebido por el Espíritu Santo, pues cuando José piensa en repudiar a María, se le dice: “La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo” (Mt 1,20). María es un nuevo comienzo al tiempo que Jesús pertenece a la estirpe de David por ser José su padre legal, y sin embargo proviene de otra parte: de “allá arriba”, de Dios mismo. Su origen se puede constatar y, sin embargo, es un misterio: solo Dios es su padre en sentido propio.

NACIMIENTO DE JESÚS - JOSÉ (MT 1,18-25)²

Escuchamos a José contándonos su historia.

¿Por qué celebrar mi figura, si no hice nada destacable? Es verdad que fui una buena persona, un buen padre y esposo, como bien decís, pero hay muchos otros que también lo han sido. Es bueno que lo hagáis, pero no por lo que yo hiciera, sino POR LO QUE DIOS HIZO EN MÍ, y en esto, mi vida tiene mucho que ver con la de María, quien dice: “El Señor miró a la pequeñez de su esclava e hizo en mí maravillas” (Lc 1,48-49).

Tanto yo como María y Jesús vivimos tiempos duros de sumisión a los romanos. La gran aspiración de nuestro pueblo, Israel, era que llegara el Mesías, que entendíamos que nos liberaría de la opresión.

Yo estaba muy enamorado de María y sabía que me casaría con ella. Lo sabía porque entonces eran los padres quienes determinaban con quién nos teníamos que casar, y ya lo habían decidido desde que éramos pequeños, pero también porque mi corazón sentía una gran debilidad por ella. Al verla mi corazón se alegraba sin saber por qué y después de haberla visto me encontraba más tranquilo y deseoso de ser mejor. Hoy, sabiendo quién era María en los planes de Dios, puedo decir que la alegría que sentía al verla era porque su luz interior me llenaba por dentro.

Hasta que un día todo cambió cuando me di cuenta de que María estaba embarazada, algo que ya se comentaba por el pueblo. Ese día, esa luz se me volvió oscuridad. Mi madre pensó que el niño fuera mío, pero pronto se dio cuenta de que no era así.

² Extraído de: *Ibidem*, p. p. 131-140, donde se encuentra el texto completo.

Creí volverme loco. Quería hablar con ella, pero no me atrevía. ¿Cómo reaccionaría ella? ¿Y cómo lo haría yo, si me confesara su traición? Me di cuenta de cuánto la amaba y la admiraba, pero también de que mi vida se había roto, hecha pedazos. Sentía una enorme angustia ante la necesidad de decidir qué iba hacer, pues tenía claro que no podía casarme con ella así, ¡de ningún modo! Tampoco podía repudiarla públicamente porque sería apedreada, y solo de pensarlo sentía un dolor intolerable.

No sabía qué hacer. Daba vueltas, día y noche al asunto, sin encontrar ninguna solución viable. Hasta que decidí repudiarla en secreto; así no saldría malparada y la cosa se olvidaría con el tiempo, aunque no veía futuro para mí, sino solo oscuridad. Es por este gesto de respeto y delicadeza con María, que Mateo me define como un “hombre justo” (Mt 1,19). Lo hice con amor, no queriendo exponerla públicamente a la ignominia, pues la amaba, incluso en ese momento de gran desilusión. Decidido a decírselo, me fui a dormir, agotado después de tantas noches en vela.

Me dormí en cuanto me acosté y pronto me sobrevino un sueño. Me encontraba en medio de un desierto inmenso. Era de día. Todo estaba en paz y me transmitía una alegría especial, como la que sientes cuando todo está bien. Al levantar la vista vi un oasis en el que lo que más me llamó la atención fue la abundancia y belleza del agua. Me di cuenta al instante de que el desierto era yo y que la abundancia se daba allí donde estaba ella. Y en medio de esa paz, escuché una voz clara y luminosa, alegre y rica que penetró hasta lo más hondo de mí ser: “JOSÉ, HIJO DE DAVID, NO TEMAS RECIBIR A MARÍA, PORQUE EL QUE EN ELLA HABITA VIENE DEL ESPÍRITU SANTO”.

No podía dudar de que era Dios el que me hablaba. Yo, juzgando a María desde criterios humanos, los míos y los de la ley, era como un desierto sin vida, mientras que María era el agua fecunda, la que procede de Dios y da vida a raudales. En ella estaba la vida y en mí la sequedad, y Dios me invitaba a permanecer con ella: mi pequeñez con su plenitud procedente de Dios. “No temas”, había escuchado en el sueño. Yo era llamado a zambullirme en ese oasis de fecundidad y alegría que era mi amor por María y, sobre todo, en el amor de Dios que sobreabundaba y yo veía resplandecer

en ella. Dios mismo me había implicado en el misterio de la Encarnación de su Hijo.

Me desperté al instante. El cansancio, la angustia y las dudas habían desaparecido. Era de noche todavía, de modo que esperé a que amaneciese y entonces corrí a casa de María a contarle mi sueño y a pedirle, humildemente (yo había desconfiado de ella), que se casara conmigo, sin importarme lo que pensarán los demás, ni mi familia siquiera.

Este sueño fue un antes y un después. A partir de él mi vida cambió de signo. Antes me apoyaba en mí y en las obligaciones dictadas por la ley; ahora había pasado a vivir apoyado en Yahvé, que “transforma el desierto en estanques y el erial en manantiales de agua” (Sal 107,35). La experiencia de ser atravesado por la fecundidad de Yahvé, que veía plasmada en María, cambió mi modo de ver la vida. Ahora mi único deseo era entregarle mi vida y dejar que hiciera conmigo lo que quisiera. Dios me había hecho libre, al punto de permitirle disponer de mi vida para él.

Ya no se trataba de buscar ser justo, según la ley, sino de ser dúctil como el agua, fecundo en mi deseo de amar a Yahvé por encima de todas las cosas. Ahora entendía que esta era la luz que había presentido en María, sin saberlo, y que ahora me impulsaba, llenándome de vida y de alegría.

Yahvé me llamaba, a través de María, a ser el padre del Mesías, no en el sentido que nosotros entendíamos, como liberador de los romanos, sino como quien era ¡EL HIJO DE DIOS! ¿Os podéis imaginar lo que es esto? Yo tenía que alimentarle, cuidar de él, enseñarle las cosas de nuestro mundo, a ser justo, a amar a Dios sobre todas las cosas... Y todo eso con María, a quien ahora amaba como nunca jamás habría imaginado poder amar. Dios había roto todos mis esquemas y me había abierto a un horizonte inaudito. ¡Nunca jamás podría yo, ni nadie, haber imaginado tal cosa! Era algo inaudito y es ESO QUE QUIERO QUE VOSOTROS VEÁIS Y VALORÉIS EN MÍ: NO A MI PERSONA SINO A DIOS, que hizo tales cosas en mí.

“...EL HIJO QUE MARÍA ESPERA VIENE DEL ESPÍRITU SANTO”, había dicho la voz que escuché en el sueño. Pensar en ello nos deslumbraba y sobrecogía a María y a mí. Después, cuando el niño nació y el tiempo pasó, entendimos mucho mejor que lo que le

dábamos a este niño se lo estábamos dando al mismo Dios. Esta experiencia, repetida a cada momento, nos hacía ver, mejor cada vez, lo que significa “DIOS CON NOSOTROS”.

Todo esto se daba en la normalidad más absoluta del día a día, del trabajo y el descanso, de la relación con nuestros amigos y vecinos, en medio de las alegrías y tristezas... Lo que nos hacía distintos era una luz que, desde siempre como a María, o de modo progresivo como a mí, se nos iba dando. Una luz o una certeza, no sé..., de que la realidad se mira y se vive de otro modo desde la mirada de Yahvé, que está siempre con nosotros.

Ya no le doy tantas vueltas a la cabeza como antes, sino que he aprendido a confiar en Dios, que tengo la certeza de que me hablará en su momento y me iluminará para que yo elija y secunde siempre lo que él me indique.

Podría deciros muchas más cosas, pero la más importante es esta: Yahvé puso en mi corazón el deseo y la capacidad de entregarme a él, permaneciendo mi vida al exterior como tantas otras, como la de cualquiera de vosotros, pero atravesada, tanto en lo grande como en lo pequeño, por este hecho central y esta presencia de Dios que ha venido a nosotros. Este acontecimiento, tan enorme e inaudito, nos ha hecho descubrir la Vida de verdad: la que tiene como motor y como sentido el responder, confiada y obedientemente, alegre y libremente, al Dios que nos habla en todas las situaciones y personas, porque en todas ellas está Dios.

ADORACIÓN DE LOS MAGOS (MT 2, 1-12)³

¿Qué clase de hombres eran esos que Mateo describe como “Magos” venidos de “Oriente”? Por lo que conocemos, podemos hacernos una cierta idea de cuáles eran las convicciones y conocimientos que llevaron a estos hombres a encaminarse hacia el recién nacido «rey de los judíos». Podemos decir con razón que estos hombres son los predecesores o precursores de los BUSCADORES DE LA VERDAD que han existido en todos los tiempos.

³ Extraído de *Ibidem*, p... 141-144 y de JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI, *La infancia de Jesús* (4ª edición) Barcelona, Planeta, 2012, p. 98-113. En ambos se encuentran los textos completos.

Los sabios de Oriente representan a la humanidad cuando emprende el camino hacia Cristo en una procesión que recorre toda la historia. No representan únicamente a las personas que buscan o han encontrado ya la vía que conduce hasta Cristo. Representan EL ANHELO INTERIOR DEL ESPÍRITU HUMANO, la marcha de las religiones y de la razón humana al encuentro de Cristo.

La estrella que estos hombres, acostumbrados a penetrar la oscuridad de la noche vieron, es diferente a todas las demás: es nueva y tiene un brillo especial. Todos ellos partieron de sus casas y se encontraron por el camino. Según van conociéndose y hablando, se reconocen caminando por el mismo motivo. ¿QUÉ SIGUEN? ¿UNA ESTRELLA O UN FUEGO QUE ARDE EN SU CORAZÓN?

No son como los demás que viven para comprar y vender, para casarse, tener hijos o enterrar a otros, que se mueven por aprender o por el gusto de viajar. Estos hombres buscan otra cosa que su interior más íntimo ansía. Buscan algo que les falta, pero por lo que ansían, algo que les atrae y les llama..., que tira de ellos. Nada les distrae de su objetivo.

No se conocían. Se encontraron y se reconocieron: Melchior, Gaspar y Balthasar. Tenían en común que su mirada no se entretenía en las cosas, sino que estaba acostumbrada a moverse entre la lejanía (el horizonte) y su propio interior (su hondura). Iban todos ellos en pos de una estrella que les atraía suavemente y que era mejor que todo lo anteriormente conocido, belleza que no se agota, que no sacia, que no cansa. Estrella que era signo de un nuevo ser humano, de una nueva luz en la historia que todos ansiaban y perseguían, al punto de dejar todo y centrar todo su empeño en su búsqueda.

Viajaban por la noche, dejándose guiar por ella y descansaban durante el día. Encontraron dificultades, amenazas de fieras, desvíos y también desaliento. En medio de todo ello ella los guiaba, conducía y orientaba su marcha. Era para ellos promesa de más y un horizonte pleno, tan pleno como para colmar la vida. Era una promesa luminosa que les hablaba de vida.

Hasta que un día desapareció, cuando intuían que ya estaban cerca de su destino. Angustiados, corrieron a preguntar a los maestros de aquella ciudad, Jerusalén, por aquel al que venían a

adorar. En aquel ambiente se respiraba el mal, la amenaza, la falsedad de quien dice una cosa cuando quiere otra.

Salieron del palacio del rey y de la ciudad y, de repente, allí estaba: “Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría” (Mt 2,10). Es la alegría del hombre al que la luz de Dios le ha llegado al corazón, y que puede ver cómo su esperanza se cumple: la alegría de quien ha encontrado y ha sido encontrado.

Poco después la estrella se detuvo. Allí “Vieron al niño con su madre” y su corazón se llenó de alegría al verlo: era la aurora de la humanidad, el Esperado, el Hombre en el que todos los seres humanos se reconocerían en adelante. El gozo que llenaba su corazón era tan intenso que sentían que su luz los guiaría para siempre. SE POSTRARON EN SEÑAL DE HOMENAJE Y «LO ADORARON». Conocieron el vértigo de adorar a Dios en un recién nacido, en una luz que les abría a la inmensidad de la vida de Dios, que se revelaba a los hombres. Dejaron a sus pies sus regalos, pero sobre todo dejaron sus vidas, ahora misteriosamente transformadas por la luz que se desprendía de este niño, que colmaba incomprensiblemente, profundamente, todo lo que hasta ahora habían sabido y habían sido.

Sus dones no fueron cosas útiles para que la familia de Nazaret necesitaba en aquel momento, sino reconocimiento de la dignidad regia de aquel a quien se los ofrecen. La tradición de la Iglesia ha visto representados en ellos tres aspectos del misterio de Cristo: el oro haría referencia a la realeza de Jesús, el incienso al Hijo de Dios y la mirra al misterio de su Pasión.

Allí concluyó su búsqueda y sus anhelos. En aquel niño descubrieron la paz del corazón que orienta, la alegría que ilumina, el gozo que se entrega, una dicha misteriosa. En aquel niño habían encontrado una sabiduría nueva que les indicó que volvieran a su tierra “por otro camino” evitando el mal que, ya desde el comienzo, quería amenazar la existencia de aquel niño.

La visión de aquel niño había prendido en su corazón esa dicha misteriosa que conduce y enseña desde dentro... De aquel día en adelante, serían signos y testigos vivientes de aquel niño.

*HUIDA A EGIPTO, MATANZA DE LOS INOCENTES Y RETORNO A NAZARET (MT 2,13-23)**

Después de la narración de los Magos, entra de nuevo en escena san José, que no actúa por iniciativa propia, sino según las órdenes que recibe del ángel de Dios en un sueño: se le manda levantarse a toda prisa, tomar al niño y a su madre, huir a Egipto y permanecer allí hasta nueva orden, «porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13).

En el año 7 a. C., Herodes había hecho ajusticiar a sus hijos Alejandro y Aristóbulo porque presentía que eran una amenaza para su poder. En el año 4 a. C. había eliminado por la misma razón también al hijo Antípater. Él pensaba exclusivamente según las categorías del poder. El saber por los Magos de un pretendiente al trono debió de ponerlo en guardia. Visto su carácter, estaba claro que ningún escrúpulo le habría frenado.

«Al verse burlado por ellos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los Magos» (Mt 2,16).

No sabemos nada sobre este hecho por fuentes que no sean bíblicas, pero, teniendo en cuenta tantas crueldades cometidas por Herodes, no es de extrañar que se hubiera producido el crimen: «La creencia en la llegada o el nacimiento en un futuro inmediato del rey mesiánico estaba entonces en el ambiente. El déspota suspicaz veía por doquier traición y hostilidad, y una vaga voz que llegaba a sus oídos podía fácilmente haber sugerido a su mente enfermiza la idea de matar a los niños nacidos en el último período. La orden por tanto nada tiene de imposible» (Abraham Shalit).

La breve narración de la matanza de los inocentes, que sigue a la huida a Egipto (Mt 2,16-18), la concluye Mateo con una palabra profética tomada de Jeremías: «Se escucha un grito en Ramá, gemidos y un llanto amargo: Raquel, que llora a sus hijos, no quiere ser consolada, pues se ha quedado sin ellos» (Jr 31,15; Mt 2,18). El lamento de la madre, sin la respuesta consoladora, es como un grito

* Extraído de *Ibidem*, p.113-120, donde se encuentra el texto completo.

a Dios, una petición de la consolación no recibida y todavía esperada; un grito al que sólo Dios mismo puede responder.

Una vez más comparece con gran relieve la figura de san José. Dos veces recibe en sueños una orden y así se presenta de nuevo como quien escucha y sabe discernir, como quien es obediente y a la vez decidido y juiciosamente emprendedor. Primero se le dice que Herodes ha muerto, por lo que ha llegado para él y los suyos la hora de regresar.

Pero una vez allí debe afrontar de inmediato la situación trágica de Israel en aquel momento histórico: se entera de que en Judea reina Arquelao, el más cruel de los hijos de Herodes. Por tanto, no puede quedarse allí —es decir, en Belén—, en el lugar de residencia de la familia de Jesús. José recibe entonces en sueños la orden de ir a Galilea.

Que José, al haberse dado cuenta de los problemas en Judea, no haya continuado simplemente por iniciativa propia su viaje hasta Galilea, gobernada por el no tan cruel Antipas, sino que fuera mandado por el ángel, tiene por objeto mostrar que la proveniencia de Jesús de Galilea concuerda con la guía divina de la historia. Durante la actividad pública de Jesús, la mención de su origen galileo es siempre una muestra de que él no podía ser el Mesías prometido. Mateo se opone ya aquí a esta argumentación. Retoma más tarde el mismo tema al comienzo del ministerio público de Jesús, y demuestra fundándose en Isaías 8,23-9,2 que precisamente allí, en tierras envueltas en «sombras de muerte», debía surgir la «luz grande»: en el antiguo reino del norte, en el «país de Zabulón y país de Neftalí» (cf. Mt 4,14-16).

CONCLUSIÓN

Hasta aquí, queridos lectores, nuestro primer comentario sobre el Evangelio de Mateo, centrado en la infancia de Jesús.

En el próximo hablaremos de los dos episodios que preceden a su vida pública: Juan el Bautista y el bautismo de Jesús (Mt 3,1-17) y las tentaciones que sufrió en el desierto (Mt 4,1-11).

El hilo conductor de ellos es cómo Jesús se sitúa ante la misión que el Padre le ha encomendado y cómo experimentó en su condición humana, las mismas tentaciones que nosotros,

tentaciones que se resumen en pretender dejar a Dios de lado para situarnos nosotros en su lugar y ser los grandes y únicos protagonistas de la historia. Jesús, con su referencia constante al Padre, deja claro quién es, cuál es su misión y por dónde debe caminar quien quiera ser su discípulo.

Hasta nuestro próximo encuentro. Un abrazo

Carlos Rey - SDB